



P. Jorge GARCÍA C.,  
mccj - Director

## Jesús y la mujer, un ejemplo a seguir

**H**ace poco más de 2 mil años pasó entre nosotros un hombre. Fue una persona del todo original. Predicador itinerante, taumaturgo, maestro de sabiduría, como muchos otros de su tiempo y de su tierra. A diferencia que en sus desplazamientos iba a pie, en barca o sobre las aguas; hasta un boricón llegó a usar, pero eso sí, cuando el tentador le sugirió que se lanzara de lo más alto del templo, Él se negó rotundamente. Dormía donde lo sorprendía la noche, en la proa de una barca o en casa de sus amigos.

Sus milagros los realizaba siempre en favor de los otros y nunca en provecho propio, excepto aquella vez que dijo a Pedro que pescara un pez y le sacara dos monedas para pagar el impuesto de ambos. Más que hechos extraordinarios sus milagros eran signos que manifestaban el poder de Dios en favor de los más débiles, los hambrientos, los poseídos por el maligno, los enfermos, los pecadores.

Era Maestro de sabiduría porque hablaba de lo que había oído de su Padre y porque en Él moraba en plenitud el Espíritu Santo. Por eso lo apodaban Cristo, que quiere decir «Ungido». La gente, simpatizantes y no, se maravillaba de sus palabras y se preguntaba: «¿Dónde aprendió este hombre tantas cosas? ¿De dónde le viene esa sabiduría y ese poder para hacer milagros?» (Mc 6,21). La



razón de este asombro era que Jesús «les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mc 1,2).

Por lo que se refiere a las mujeres, tema central del cuadernillo «Relidades» del presente número de *Esquila Misional*, en el Señor, más que una doctrina, debemos observar (e intentar imitar) su comportamiento, que es fruto de una clara opción por los pobres, los enfermos, los pecadores. Su actitud contrasta con la mayoría de sus contemporáneos. Los evangelios narran muchas ocasiones en que las puso en el centro de su atención y de su cariño: a diferencia de

otros rabinos, se dejó acompañar por algunas de ellas (incluidas ciertas «damas de sociedad» cf Lc 8,1-3); permitió que María se sentara a su pies para escucharlo como verdadera discípula, fue amigo de Marta, María y Lázaro, permitió que una pecadora pública lavara sus pies suscitando el escándalo de Simón el fariseo; puso como ejemplo de generosidad extrema a una pobre viuda que echó dos moneditas en la alcancía del templo; restituyó el hijo muerto, único sostén, de una mujer viuda y la madrugada de la Pascua encomendó a María Magdalena la misión de ser «Apóstol de los Apóstoles».

Basten estos pocos ejemplos para entender que la mujer no es el «sexo débil», ni minoría que debe ser tutelada, sino una hija de Dios con una dignidad tan grande como la del varón. 🛎